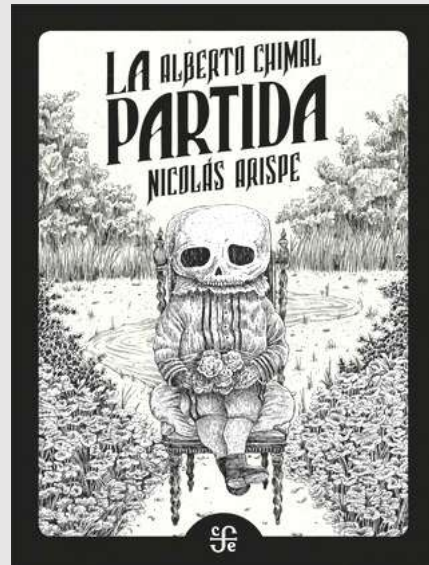
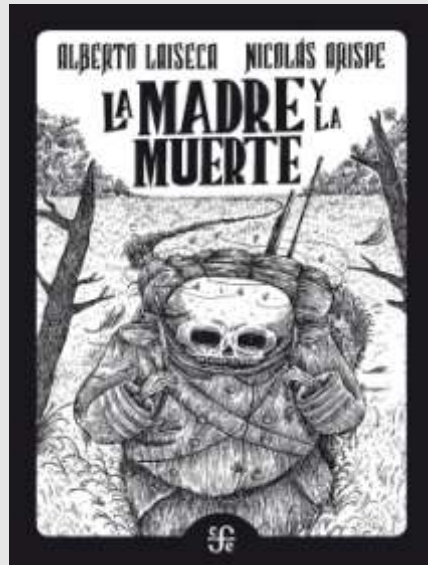


ANÁLISIS VISUAL



Carla Salazar Luci

Carola Vesely Avaria

Análisis visual

La muerte es uno de los temas más desafiantes de abordar para cualquier individuo. Dentro del ámbito cultural, por ejemplo, en las artes, el cine, la música y la literatura, no es distinto, sobre todo si es un producto destinado a un público infantil y juvenil. Hace algunos años se consideraba un tema tabú, del que no se hablaba, o se hablaba bajito, casi como un susurro, pero en los últimos tiempos eso ha cambiado, pues muchos se han atrevido a publicar obras que plantean esta temática desde diversas perspectivas. Gracias a esto los niños, niñas, adolescentes y jóvenes tienen un abanico más amplio de alternativas para explorar esta materia, conversar, incluso reflexionar, por medio de propuestas novedosas que trabajan el tema de distintas materialidades y formatos.

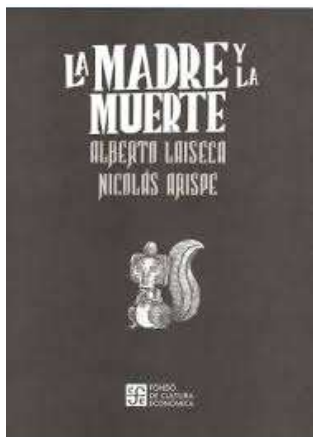
Una de las obras que lo hace y de manera atractiva es el libro doble *La madre y la muerte / La partida* de los escritores Alberto Chimal (mexicano) y Alberto Laiseca (argentino) y el ilustrador Nicolás Arispe (argentino), publicado el 2015 por el Fondo de Cultura Económica de México. Esta obra es considerada uno de los mejores libros de literatura infantil y juvenil por el periódico *El Norte* en 2015 y ha sido premiado en 2016 por la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM) y seleccionado por *White Ravens* el mismo año.

Por su definición de libro álbum, es una obra muy interesante de afrontar ya que, tiene una multiplicidad de entradas, lecturas, capas, intertextos y trabajo desde su materialidad, lo que la hace muy fascinante y desafiante de analizar, al tiempo que permite realizar múltiples preguntas, por lo perturbador de su temática, por el nivel de detalle de sus ilustraciones y por su relación verboicónica.

La materialidad aporta tanto a la experiencia lectora como al sentido que se le da al momento de la interpretación de la obra, por lo que no se puede obviar ni pasar por alto. Es un libro de tapa dura con cartón a la vista y lomo de tela negra que hace que a priori dé cuenta de la crudeza que el lector va a encontrar en el texto y las ilustraciones. Las guardas no están muy alejadas de esto, ya que son de un solo tono, un color metalizado que hace referencia a las lápidas, al frío que produce la sensación a su tacto. Las portadillas de cada historia remiten a cada cultura en las que se inspiraron las ilustraciones son, en el caso de «La madre y la muerte», una ardilla con una especie de máscara azteca; y en «La partida» es el arcángel Raguél. Ambas portadillas se analizarán más adelante, pero dan cuenta del cuidado de la edición y la importancia de los detalles, y de lo pensado que está el objeto libro como tal. Al ser una obra de doble cara, cuenta con dos portadas, hechas en serigrafía en negro con color plateado. El cuento de «La madre y la muerte» muestra un soldado de la Primera Guerra Mundial caracterizado con una calavera, lo que ya nos sitúa en un contexto perturbador y macabro de lo que se vivió por muchas madres y familiares en ese hito histórico (sin ser la narración por contar). Por otro lado, «La partida» presenta las típicas fotografías infantiles *postmortem*, que nos contextualiza en la cultura mexicana y sus ofrendas a la muerte.

«La madre y la muerte» de Alberto Laiseca recrea uno de los cuentos de Hans Christian Andersen «La historia de una madre» y muestra a una madre que, después de que la muerte le arrebatara a su hijo, atraviesa bosques, ríos y montañas en busca de su pequeño, sin importarle lo que tenga que dejar en el camino.

Este relato, al momento de explicitar que se trata de una versión de los cuentos de Andersen se sitúa en el mapa de Europa, por lo que, si se observan las ilustraciones, se puede deducir que está ambientado en la Primera Guerra Mundial. La Muerte personificada en el soldado calavera con su uniforme e indumentaria significa una muerte cruel, dura. En el relato cambia la visión de esta cuando la Muerte se apiada de la Madre, capaz de sacrificarse a sí misma para que le devuelvan a su hijo, mas todo tiene un precio, a veces muy alto: la Muerte le devuelve a su hijo, pero muerto. A su vez, la Madre está encarnada en una zorra, la cual posee su significación relacionada con varias acepciones, como la astucia para doblar la mano (en cierto modo) a la muerte, pero además se puede entender a manera de guía y protección, tal y como lo hace una madre. Los zorros son muy vulnerables al nacer, son ciegos y sordos, por lo que la madre es su principal protectora. Por último, el zorro se relaciona con las fábulas de antaño.



En las ilustraciones en blanco y negro de este cuento, lleno de simbolismos y significaciones, hay una multiplicidad de capas que, como se señaló anteriormente, lo hacen interesante de abordar. En la portadilla aparece una ardilla con una máscara azteca que se repite en el interior y denota alegría, optimismo y sociabilidad, aunque este animal también roe y destroza todo a su paso. En el contexto del relato, la máscara tiene una significancia que se esconde, se escabulle de esta muerte que acecha y amedrenta con su sola presencia, por lo que cualquier animal del bosque huye.

Asimismo, las ilustraciones de las páginas interiores son en blanco y negro y están cargadas de mensajes y signos. En este relato, la Muerte realiza una especie de triada de la cual los cuentos de hadas son su mayor referente, pasando por tres fases antes de llegar a su hogar: el Río, el Bosque y la Montaña.

Primero, la Muerte atraviesa por el Rin, uno de los principales ríos europeos, muy significativo para los alemanes, que conlleva simbolismos como el agua (que en varias culturas representa la sanación) la vida, y la presencia de propiedades curativas. La interpretación va a depender de cómo se manifieste este elemento. Si son aguas



tranquilas, como en el pasaje en que la Muerte cruza por encima y el agua le da paso para que esta no la seque, o cuando atraviesa la Madre y el agua no le da tregua y se vuelve violenta hasta que ella se sacrifica y le da sus ojos para que le ayude a pasar. Otro de los significados que el agua puede adquirir en este cuento es el de tránsito, como cuando el barquero del mito de Caronte cruza hacia otra dimensión. En esta misma página hay un faisán que parece estar custodiando el cruce. Para algunas culturas, esta ave es el gobernante de los cielos y está asociada a la protección y el encubrimiento, pero no es el mismo faisán en el momento que cruza la Muerte que cuando lo hace la Madre, uno es negro y el otro es blanco con un pelaje más frondoso. Esto es un guiño que se puede interpretar de muchas maneras.

En el segundo elemento de la triada, la Muerte camina por el Bosque, que es otro signo cargado de significaciones y mensajes que Arispe desarrolla muy bien. Este es un lugar

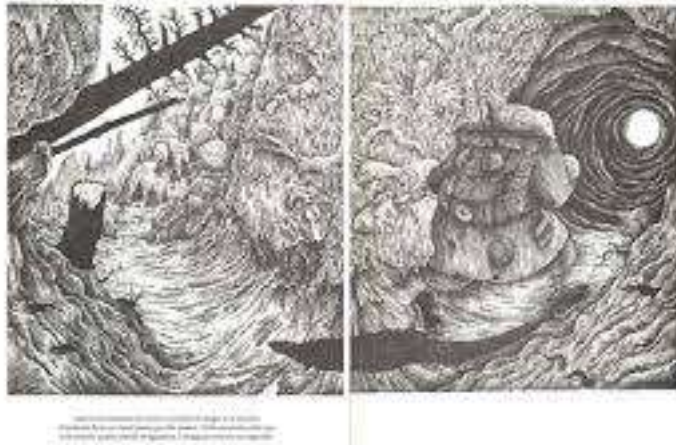


que acompaña a miles de personajes de los cuentos de hadas, los protege y también los asusta. Asimismo, es un lugar de castigo y destierro muy alejado del hogar y la contención. Cuando pasa la Muerte por el Bosque de espinos, el ilustrador sitúa la escena en un lugar que no es cualquiera, pues se presenta como un bosque mucho más temible, denso y oscuro, pero en el que la Muerte realiza un recorrido muy fácil de

circular, en la que las ardillas enmascaradas la observan y pareciera que la acechan en su caminar. Cuando la Madre se interna por el mismo Bosque, le resulta mucho más complejo, pues este es más tupido y hace difícil avanzar, presentando más recovecos y espinos que lo hacen más peligroso. Además, el Bosque pide un sacrificio. Le sugiere a la Madre que le dé sus piernas, a lo que ella accede sin pensar, cumpliendo el

requerimiento como si fuera un acto sumamente sencillo. Pero esta vez los animales cambian, ya no hay ardillas, sino unos camaleones enmascarados, lo que en algunas culturas es una señal de del viaje de la vida a la muerte. La inseguridad del propio animal para protegerse dando un paso hacia adelante y otro atrás, lo hace quedar vacilando sin ninguna definición, en la inconciencia.

El tercero y último elemento de esta triada es la Montaña, la cual da cuenta de una comunicación directa con lo espiritual, con lo divino, que está en los cielos. En algunas culturas las montañas eran deidades, por lo que cuando la Muerte se adentra en esta montaña de hierro y piedra se entiende que es una montaña mucho más dura e impenetrable, más compleja de recorrer. Pero la propia Montaña hace un túnel



para que la Muerte pueda pasar sin mayor esfuerzo, ya que esta tiene la facultad de hacerla desaparecer si quisiese. Por el contrario, cuando la Madre intenta realizar el mismo recorrido y le ruega ayuda para poder atravesar, la Montaña le pide también un sacrificio, que el texto expresa de manera muy irónica. Señalándolo como algo sin importancia, le solicita a la Madre que se arranque un brazo, lo que ella ejecuta sin vacilación. Arispe en esta ocasión recrea una ilustración de la montaña adjudicándole rasgos humanos, y observa a la Madre entrar literalmente en la boca de la montaña, ya sin piernas, totalmente ciega y ahora sin un brazo, pero acompañada de unos hitos de piedra que al parecer son espíritus o deidades de alguna cultura.

Finalmente, cuando la Muerte llega a su hogar, pasa por una reja que tiene escrito en un letrero «spes altera vitae» que en latín significa la «segunda esperanza de vida». Eso da una mirada más esperanzadora al relato, un respiro al lector que viene con el alma destrozada acompañando a la Madre por este proceso tan desgarrador. La Muerte, que observa desde la ventana de su casa (nuevamente el ilustrador lleva el nivel de detalle al máximo), ve lo que la Madre ha hecho, se sorprende del acto tan conmovedor y abnegado y accede a devolverle a su hijo, pero para asombro de ella el hijo le es devuelto muerto. La imagen con la que se anuncia que el hijo está muerto es una escena que se enmarca en el desconsuelo de la madre, de gran nostalgia, lleno de dolor y a la vez de una sutileza memorable.

Por otra parte, en «La partida», Alberto Chimal presenta una madre que pierde a su hijo en un espantoso temblor, y después de rogar a los dioses para que se lo devuelvan, estos se compadecen, pero le entregan el cuerpo de su hijo herido.

En esta historia el análisis parte ahora desde otra perspectiva ideológica, ya que se sitúa en la cultura mexicana, desde la mirada de las ilustraciones y de cómo el mensaje transmitido se centra en la representación del lugar. El terremoto con el que se inicia la narración es el de la Ciudad de México en 1985, pasaje que Arispe retrata muy fielmente según lo sucedido tanto en términos de daños estructurales como de los casos fatales de pérdidas humanas. Esto sitúa el relato en un contexto histórico de que el niño muere por el aplastamiento de derrumbes, lo que genera una reflexión a considerar.



A partir de las ilustraciones siguientes, Arispe remite a las calaveras mexicanas que representan el modo en que la muerte forma parte de la vida y refiere a la felicidad del más allá. Estas se asocian universalmente al Día de los Muertos, donde se realizan diferentes ofrendas y rituales para los seres queridos que pasaron por el puente hacia la otra dimensión.

Asimismo, la fotografía *postmortem* era parte de estos rituales que se acostumbraba a practicar en la segunda mitad del siglo XIX en los que la muerte infantil formaba parte de la vida misma. Los llamados «angelitos» eran retratados con alas por diversos pintores. En este cuento, Chimal relata cómo la Madre le pide a los dioses que le devuelvan a su hijo, las imágenes acompañan y dialogan con este texto en una conmovedora escena en que se ve a una desconsolada madre rogando y rezando con velas encendidas a modo de ofrenda y a su espalda al fotógrafo realizando su labor con el pequeño sentado con flores en sus manos. Pero ajeno a eso se observa una habitación en un claro desorden y destrucción, que se puede interpretar como el estado en que se encuentra la Madre en su interior o la violencia que ella padece al tener que pasar por una situación de esas características.

En cuanto los dioses le otorgan el deseo a la Madre y devuelven a su hijo, no actúan de manera benevolente, pues le devuelven a un hijo muerto y malherido, en condiciones que ni ella aguanta tal dolor. En esta ilustración, Arispe juega con la dualidad de la vida y la muerte, mostrando una habitación con juguetes de niños, llena de vida y alegría, en contraste con la muerte y el dolor de la Madre y el propio infante.

La ilustración de la Madre con su hijo en brazos, arrullándolo rodeada de muchas ranas es una de las imágenes más emotivas y desgarradoras. Esa ternura que una madre puede transmitir en una sola escena. Las ranas en algunas culturas tienen



significado polisémico, ya que son símbolo de la transición de la vida misma, desde el renacuajo hasta la rana adulta en la que se convierte. Esto además de poseer la habilidad de ser terrestre y acuática a la vez. Este animal tiene la connotación de que, al ser un animal que muta, es muy fuerte y se adapta muy bien a los cambios y las transiciones de la vida.



De igual modo nos encontramos con una ilustración en la que la Madre ya no aguanta más el dolor que siente su hijo y en un acto desesperado comienza a realizar una serie de actos para acabar con la vida del pequeño. Así, termina amarrándolo con una cuerda a su cuerpo y lo tira por la ventana con el fin de ahorcarlo. Eso es un hecho tan cruel y duro que para cualquier individuo resulta chocante y macabro. El ilustrador propone

un guiño que no se puede pasar por alto: esa cuerda está unida a la Madre desde el vientre, asemejándose a un cordón umbilical que sigue unido a ella luego de dar a luz aun después de muerto el hijo. Se trata de una imagen sutil e imperceptible, pero a la vez perturbadora.

Finalmente, la desesperación de la Madre llega a un nivel inimaginable, puesto que decide, como acto último, quemar en la hoguera a su hijo. El texto y la imagen dialogan de manera complementaria y las palabras que Chimal escoge para narrar están llenas de detalles y crudeza, pero la ilustración lo hace desde una sutileza no ajena al dolor y desgarró, mostrando a la Madre sentada observando el cuerpo de su hijo consumirse, sin dar tregua a sus sentimientos.

Para las imágenes finales solo queda el sufrimiento de la Madre que deambula por la vida sin consuelo. Las ilustraciones son mostradas desde otra perspectiva, realizando un cambio de encuadre, ahora del interior de lo que parece ser un museo, en el que se ve a una familia observando una pintura que muestra por primera vez la representación de lo masculino: en la ventana del lugar se divisa a lo lejos a la Madre recorrer las calles, pero esta se percibe en una constante ausencia.

Por lo que se refiere al desenlace de los cuentos, por una decisión editorial se determina mostrar una imagen como espejo de las dos historias, en la que las dos madres están en un bosque sentadas frente al agua, rodeadas por diversos animales (zorros, un pájaro y un conejo). La ilustración resulta conmovedora,



pues ambas madres se conectan en su dolor, se acompañan. En ella el bosque deja de ser un lugar ajeno, ya no tiene la connotación de peligro, sino que se transforma en un espacio acogedor, en un lugar de naturaleza lleno de vida, donde los animales dejan de usar máscaras y se acercan a ambas mujeres en un acto de consuelo. La imagen transmite paz, tranquilidad, una cierta melancolía y sufrimiento, pero ahora desde la resiliencia. Es una ilustración potente, cargada de emociones, que en las que Arispe maneja en detalle. En los dos relatos llevó los sentimientos hacia lo más alto y luego hasta el suelo, mantuvo la tensión para después dejar esta calma que llega al corazón.

Otro simbolismo con el que ambos cuentos dialogan es con la presencia del búho con una llave. El búho por lo general se asocia a la sabiduría e inteligencia, también es un ave que se presenta el guardián de los dos mundos, que tiene la llave para pasar a la otra dimensión.

Un nuevo punto a reflexionar del trabajo de Arispe es la cantidad de intertextos que de manera gráfica maneja a través de los dos relatos. Como dice la filósofa Julia Kristeva «todo es un mosaico de citas» y este libro no es diferente. La obra dialoga con una multiplicidad de textos, autores, otras obras, logrando así realizar una conexión de forma visual y textual.



Arispe se inspira en el artista Edward Gorey en un estilo de trazo fino y achurado, en el uso del blanco y negro, pero además en lo macabro y perturbador de las escenas a las que describe. Ambos artistas juegan con el detalle y el concepto de muerte, pero mientras Gorey lo hace de una manera próxima al humor negro, Arispe lo plasma desde una mirada mucho más realista y cruda.

Otra cita a la que este libro hace homenaje, es al cuento de «La máscara de la muerte roja» de Edgar Allan Poe, que cuenta la historia de lo inevitable que es la llegada de la muerte de seres queridos por la peste que ataca al pueblo. En ambas narraciones se relata lo inevitable y duro que resulta ser la pérdida de un hijo y la idea de que, se haga lo que se haga, no se puede huir de ella.

En cuanto a la intertextualidad visual, Arispe toma dos obras que inserta en puntos clave de las ilustraciones, como es el libro *Max and Moritz*, de Wilhelm Busch (1865). Este relato cuenta la historia de dos niños que, a causa de sus travesuras dañinas, dan muerte a personas a su alrededor. Esta obra infantil se encuentra en la doble página de «La partida», cuando el niño está recostado en una cama en una habitación llena de juguetes, el libro está tirado en el suelo, a modo de un juego con la vida infantil, alegre y de travesuras con la oposición del hijo muerto, en una pose inerte.



La segunda obra a la que se hace cita es el libro *The Marriage of Heaven and Hell* (*El matrimonio del cielo y el infierno*), de William Blake (1794). Este texto poético juega con las oposiciones en la vida misma, la alegría y la tristeza, el bien y el mal, el amor y el odio. Son contradicciones propias de la existencia. La ilustración es situada por Arispe en «La partida». La imagen muestra a la Madre intentando ahorcar a su hijo tirándolo por la ventada, amarrado a una cuerda, remitiendo así a la contradicción máxima del amor incondicional de madre que a toda costa trata de retener y evitar la muerte de su hijo, pero que por razones relacionadas con el amor, trata de erradicar el dolor que le está produciendo a su propio hijo matándolo.



Otro intertexto visual que hace Arispe es en «La madre y la muerte», cuando la Muerte llega a su hogar, pasa por una reja que tiene escrito en un letrero «spes altera vitae» que en latín significa la «segunda esperanza de vida». en la que está un esqueleto recostado, esta cita se refiere a una capilla que se encuentra en los países bajos en Ámsterdam, construida en el siglo XV que hoy en día es ocupada como sala de conferencias de un considerable hotel. Las paradojas «la segunda esperanza de vida», suenan crueles cuando la Muerte lleva en brazos a un niño.

Las ilustraciones que realiza Arispe en las portadillas también son un intertexto al cual introduce a la historia. En «La madre y la muerte» la ardilla enmascarada denota que la naturaleza puede ser cruel muchas veces. En ella, el río, el bosque, y la montaña son lugares que no solo traen vida y calma, sino también destrucción, peligros y muerte. Esa muerte que roe por dentro, tal como lo hace la ardilla con los troncos de los árboles.

En la portadilla de «La partida», el Arcángel Raguel también introduce la historia. Se trata del Arcángel de la justicia y la imparcialidad, el que supervisa que los demás ángeles y arcángeles cumplan con sus labores. Esta imagen simboliza la creencia en deidades y creencias religiosas a las que la Madre ruega para que le devuelvan a su hijo. Pero la justicia no es como se piensa, pues esta funciona a veces con una lógica muy distinta a las emociones.

Sin embargo, existen otras presencias intertextuales menos evidentes, que no por eso dejan de estar presentes, como son la madre naturaleza, esa que trae vida pero también la quita en los desastres naturales, los terremotos y huracanes, entre otros.

En el relato, la presencia de lo femenino dialoga con la ausencia de lo masculino, a excepción de la escena de «La partida» en que están algunas personas al interior del museo, donde están presentes dos figuras masculinas adultas y un pequeño. La



Madre se encuentra en este proceso doloroso y desgarrador sola, sin contención.

Otros elementos con los que se dialoga son la ausencia de color en que juega con el bien y el mal, la luz y la sombra, el blanco y el negro, como la vida misma y la muerte. Son extremos con que todo ser humano vive y aprende a sobre llevar, a reponerse y seguir adelante.

Arispe propone, a partir del tratamiento visual, insertarse en culturas opuestas, desde lo europeo en «La madre y la muerte», con la nieve, el bosque, el río y la montaña, y en la cultura mexicana en «La partida», refiriendo a sus creencias, religiones y tradiciones. Pero en ambas realidades se sufre un mismo dolor, una misma pérdida y no es posible resignarse a lo inevitable.

Para concluir, como lo hace notar Nicolás Arispe en sus ilustraciones en blanco y negro, con una técnica y estilo único, con trazos y líneas muy delgadas, llenas de achurado, se destaca en cada elemento de la imagen un carácter onírico, casi del inconsciente, con un mensaje significativo dependiendo de la cultura, el contexto y la experiencia personal que llena de preguntas y reflexiones aquello que pareciera ser un cuento de nunca acabar.

Los simbolismos y significancias de esta obra son tan potentes, que es imposible de abordar en una sola lectura, o de un solo momento. Se necesitan miles de lecturas, relecturas, reinterpretaciones para hacer que el libro cobre un valor mayor.

Primero, hay que decir que esta es una obra visual en la importancia de la comunicación del lenguaje universal, que se trata del amor de madre. Sabido es que no hay amor más grande e incondicional que este, pero a la vez la obra nos sitúa en un punto en que no sabemos si transitamos en el dolor o en la locura, en lo racional o lo irracional y entonces surge la pregunta en torno a hasta dónde podemos llegar como madres a dar todo por un hijo. Solo pensarlo me genera una sensación perturbadora, ya que es un acto sumamente personal. Cómo podemos renunciar a nuestro dolor personal y dejar partir a un ser tan querido como es un hijo, abandonando el egoísmo de la actitud humana y resignarnos a la muerte como parte del juego de la vida. Son incógnitas que solo la interpretación personal, puede (o no) llegar a responder, o pasarse días enteros conversando y reflexionando.

Como segunda reflexión o punto de vista está el hecho de la potencia de un relato pueda dialogar tan bellamente con las palabras y las imágenes, a partir de la manera en que Arispe realiza la composición de cada ilustración, mediante detalles barrocos, así como por medio de la diferencia de tonos con la que el texto dialoga, produciendo una simbiosis que entrega material de sobra para analizar la obra desde diversas perspectivas, trabajando desde la polisemia.

Por último, como se dijo desde el principio, la muerte es un tema desafiante. Da igual el punto desde donde se aborde, pues siempre hay algo que raya en la línea delgada de las emociones personales, lo que lo constituye como una temática sensible, pero no por

eso imposible de plantear. El lector, el mediador, el autor o, en este caso, los autores e incluso el editor, tendrán una mirada, una perspectiva que van a intentar plasmar, la cual de manera colectiva nos hace parte de este lenguaje y entramado simbólico para reflexionar y dar, paradójicamente, vida a este relato.